

Históricas Digital

José Rubén Romero Galván

“Introducción”

p. 9-26

Introducción a la cultura náhuatl prehispánica

México

Universidad Nacional Autónoma de México
Instituto de Investigaciones Históricas

2023

192 p.

Mapas, figuras, cuadros

(Históricas Comunicación Pública 5, Serie Introducciones)

ISBN 978-607-30-7262-5

Formato: PDF

Publicado en línea: 21 de marzo de 2025

Disponible en:

<http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/804/introduccion-nahuatl.html>



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

D. R. © 2025, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México

INTRODUCCIÓN

Qué duda cabe que lo que llamamos cultura constituye una hazaña que sólo compete al ser humano. En efecto, no hay otro ser en el mundo capaz de crear cultura: “todo el complejo que comprende a la vez las ciencias, las creencias, las artes, la moral, las leyes, las costumbres y las demás facultades y hábitos adquiridos”, según la definió en 1871 Edward Burnett Tylor, pionero de la ciencia antropológica. Aunque esa definición ofrecía algunos problemas, fue la base para que otros estudiosos la pulieran y enriquecieran hasta llegar a la sencillez de la propuesta del norteamericano Melville Herskovits en 1952, según la cual cultura es “la parte del ambiente hecha por el ser humano”.

La cultura surge del continuo quehacer de las colectividades humanas y de ningún modo se le puede considerar empresa individual. Es el ser humano en sociedad, en comunicación con sus semejantes, el creador de los elementos que en su conjunto forman lo que llamamos cultura. Es muy cierto que tales rasgos se dan en el seno de una comunidad determinada y que llegan, con el tiempo, a conformar los elementos de la identidad que la caracteriza. Sin embargo, la comunidad que los crea rara vez está aislada, y los vínculos con sus vecinas resultan más que evidentes. De esta cercanía surgen complejos procesos culturales cuya base es la comunicación entre



los miembros de comunidades distintas. Como resultado de tales procesos, algunos rasgos desaparecen, otros se fortalecen y otros más se combinan con los de la comunidad con la que han entrado en contacto y dan origen a elementos novedosos. De este fenómeno de interacción cultural resulta que en una zona determinada convivan grupos que, aunque guardan sus propios y distintivos rasgos culturales, comparten con sus vecinos elementos que las acercan. Se trata del surgimiento de las llamadas áreas culturales en las que es posible encontrar rasgos comunes que permiten considerar a esas cercanías como positivas.

Este fenómeno cultural, al que los antropólogos llaman sincretismo, puede repetirse en un ámbito más extendido e involucrar a diferentes zonas culturales en las que previamente se dio el intercambio cultural arriba descrito. En el caso de los contactos entre zonas, debe reconocerse que el acercamiento cultural es menos intenso, y en él la lengua puede ser o no un elemento a considerar, ya que puede darse el caso de dos o más zonas en contacto cuyos habitantes hablan distintas lenguas.

Acercarse a estos fenómenos culturales requiere de un análisis en el cual es fundamental un recurso metodológico consistente en el establecimiento conceptual de un “área cultural”. Mesoamérica ofrece un buen ejemplo de ello. Hasta los años cuarenta del siglo pasado, los especialistas del México antiguo carecían de un concepto que les permitiera de manera definitiva observar a las antiguas culturas indígenas como parte de un área cultural.

En 1943, Paul Kirchhoff propuso la existencia de un área cultural a la que nombró Mesoamérica. Estableció,



con base en fuentes históricas y arqueológicas, los límites que ésta tenía en el momento del contacto con los europeos y, basado en lo que la arqueología mostraba, propuso tanto su cronología como los rasgos culturales que le eran propios y la distinguían.

El espacio del área mesoamericana está comprendido entre dos fronteras. La que corresponde al norte es una zona imaginaria que divide de Poniente a Oriente el actual territorio de México, desde la costa del océano Pacífico hasta la del golfo de México. Se inicia en el sur del actual estado de Sonora, en la desembocadura del río Mayo, cuyas márgenes sigue hasta deprimirse en el centro del país en la zona del río Lerma y continúa hacia el Este hasta encontrarse con el río Panuco, cuyo curso sigue hasta su desembocadura en el golfo de México. La movilidad de esta frontera norte fue una de sus características. En algunas ocasiones, gracias a la fortaleza de centros urbanos mesoamericanos, se expandió hasta llegar al actual estado de Chihuahua; en otras, se deprimió hasta tocar las riberas del sistema lacustre del valle de México. En tales movimientos, las migraciones, tanto en el área mesoamericana como en la gran zona de Aridoamérica, con la que precisamente colindaba al Norte, desempeñaron un rol protagónico. La frontera sur fue más estable. Permaneció prácticamente inamovible durante siglos. Esta zona fronteriza se encontraba en Centroamérica e iba del golfo de Nicoya, pasaba por el lago Nicaragua hasta encontrarse con las playas del mar Caribe en la desembocadura del río Motagua. Por el Oriente y el Poniente, los límites de Mesoamérica eran los mares: el golfo de México al Oriente y al Poniente el océano Pacífico (véase figura 1).

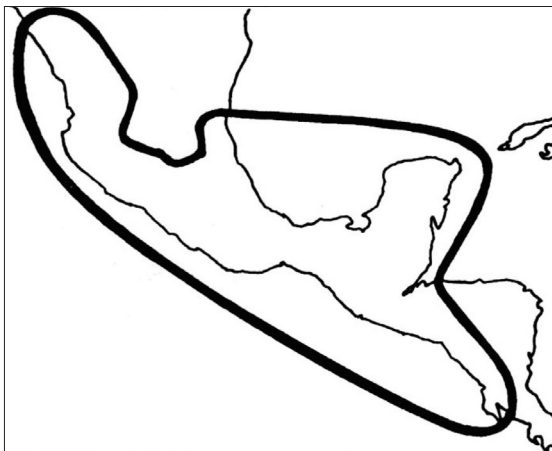


Figura 1. Límites de Mesoamérica en el siglo xvi.
Tomado de Paul Kirchhoff, *Mesoamérica, sus límites geográficos, composición étnica y caracteres culturales*.

La cronología del área, en tanto recurso metodológico, fue una creación paulatina y estuvo vinculada con los avances de las excavaciones arqueológicas y, particularmente, con las técnicas propias de la estratigrafía y el estudio cuidadoso de la cerámica. Aunque ha habido múltiples propuestas para pensar el tiempo mesoamericano, ha prevalecido aquella en la que se ordenan tres grandes periodos: Preclásico (2000 a. C. a 200 d. C.), Clásico (200 a 700) y Posclásico (700 a 1521). El inicio y el término de cada etapa puede variar según el autor que las asuma. En términos generales, aceptaremos esta cronología para fijar las pautas temporales que permitirán un adecuado acercamiento a la cultura náhuatl.



En el área mesoamericana se sucedieron culturas que se ordenaron en procesos según los cuales unas vertían elementos culturales en las siguientes. Esta gran aventura cultural comenzó en dos zonas: la región de los olmecas, en la costa del golfo de México (sur de Veracruz y norte de Tabasco), y en los alrededores del sistema lacustre del llamado valle de México. En ambas regiones el ser humano respondió a los retos que la naturaleza le imponía. En el caso de los olmecas consistió en el exceso de agua y la necesidad de dominarla a fin de hacer de los terrenos áreas cultivables. En el altiplano fue la necesidad de aprovechar ese elemento de la manera más adecuada para obtener cosechas que satisficieran adecuadamente las necesidades de la población. Las respuestas a tales retos fueron en parte el motor para que los grupos que habitaban dichas regiones accedieran al estadio que algunos estudiosos han denominado *civilización*.

En algún momento del periodo Preclásico ambas zonas culturales entraron en contacto, según lo demuestra la influencia olmeca en los asentamientos ribereños del altiplano mexicano. Este contacto tuvo frutos significativos y muy diversos, pues de él surgieron distintas tradiciones culturales que fueron la base de las grandes subáreas culturales mesoamericanas: la mixteco-zapoteca, la del golfo de México, la del altiplano y en alguna medida las de occidente y la zona maya.

De la confluencia de los rasgos olmecas y de aquellos propios de los grupos vecindados en torno a los lagos del valle de México nació en esta última región una rica tradición cultural que siglos después fructificó en el área náhuatl. En ese proceso surgieron culturas con las



espléndidas características que aún ahora apreciamos en los restos arqueológicos de Teotihuacan, Tula, Xochicalco, Cholula, Tetzaco y Mexico-Tenochtitlan.

El área náhuatl integra varios valles. En primer lugar, el de México, con asentamientos alrededor de su sistema lacustre; el de Puebla-Tlaxcala; el de Toluca; el de Morelos, así como ciertas áreas de los actuales estados de Hidalgo, Guerrero y Puebla. Debe considerarse la singularidad de esta área aludiendo a la presencia de la lengua náhuatl, una de las habladas en Mesoamérica, ya que los individuos que habitaban en las regiones mencionadas la tenían por propia, aunque ello no significó exclusividad, pues se sabe bien que dicha lengua convivió con otras. Baste citar, a manera de ejemplo, el valle de Toluca, donde además del náhuatl se habla el matlatzinca.

En el ámbito que se ha nombrado área náhuatl, surgieron ciudades cuya importancia y trascendencia está fuera de toda duda. Si bien es cierto que la tradición cultural que resultó en los rasgos propios de dicha área comenzó a cobrar forma desde el periodo Preclásico (2000 a. C.-200 d. C.), resulta imposible sostener que desde entonces se hablara náhuatl en ella. Incluso en el periodo Clásico (200-700), durante el cual floreció Teotihuacan, la gran urbe de ese periodo mesoamericano, de ningún modo se podría afirmar que quienes habitaron dicha ciudad tuvieron por propia la lengua náhuatl. Caso distinto nos lo ofrece Tula, centro de gran importancia en los inicios del periodo Posclásico (700-1521). De ella se afirma, casi con seguridad, que sus habitantes se comunicaron en lengua náhuatl. Considerando lo anterior, si se trata de abordar los procesos histórico-culturales del área náhuatl, será



absolutamente necesario iniciar su análisis a partir del periodo Posclásico, época en que, estamos ciertos, dicha lengua era la predominante. La ciudad de Tula será el punto de partida. Abordar el proceso histórico-cultural que se inició en Tula y concluyó en Mexico-Tenochtitlan, en el momento del contacto con los españoles, de ninguna manera significa que se tenga en poco lo acontecido en otras ciudades del área náhuatl. Se ha optado por abordar y explicar dicho proceso que vincula a estas dos urbes del Posclásico, entre otras razones, por la posibilidad de documentar su continuidad en fuentes originales, lo que no ocurre en ningún otro territorio. Ello representa la gran ventaja de, a partir de este caso, constituir una suerte de paradigma que puede muy bien auxiliar cuando se pretenda el conocimiento de procesos similares, ya en el área náhuatl, ya en otras zonas de Mesoamérica.

Es pertinente preguntarse de dónde surge el conocimiento del México antiguo y, por supuesto, el del área náhuatl. Ciertamente, éste se alcanza a través de investigaciones complejas que se realizan a la vista de materiales muy diversos. Los datos pertinentes son proporcionados tanto por fuentes originales como por la arqueología y por las descripciones etnográficas.

Cabe destacar que, por fortuitas razones, el área náhuatl ha ofrecido desde el siglo XVI innumerables testimonios que en cierta medida han allanado los senderos de su conocimiento. Tales testimonios están contenidos en antiguos códices, en crónicas tanto hispanas como indígenas, así como en infinidad de documentos resguardados en los archivos. Por ello, el acercamiento a su realidad ofrece menos problemas que los que surgen



cuando se trata de otras áreas mesoamericanas. De este modo, la antigua realidad de los nahuas puede ser una puerta de entrada para mejor comprender las peculiaridades de otras zonas del México antiguo para las que no contamos con los ricos materiales de que disponemos sobre los nahuas prehispánicos.

Las fuentes originales de la cultura náhuatl prehispánica conforman un universo muy extenso. Debe mencionarse, en primer lugar, a los códices indígenas, tanto los anteriores a la conquista como los novohispanos. En ellos, a través de pictogramas, se conservó el recuerdo de tiempos antiguos y se guardó memoria de la existencia de diversas instituciones, pues son ellos los que nos informan de los pormenores del sistema de tributación o de la manera de integrar a los niños y los jóvenes a la vida de la comunidad (*Códice Mendoza*) (véase figura 2). También es posible conocer elementos nada despreciables de los antiguos sistemas calendáricos y del ritual con el que los integrantes de esa cultura honraban a sus deidades (códices del grupo Borgia) (véase figura 3). Asimismo, deben contarse entre estas fuentes a las historias indígenas cuya variedad incluye tanto la transcripción de antiguos códices pictográficos (*Códice Chimalpopoca*) como aquellas producto de un verdadero trabajo de recuperación del pasado en diversas fuentes indígenas (*Crónica mexicana*, de Alvarado Tezozómoc, o *Diferentes historias originales*, de Chimalpahin, entre otras) (véase figura 4). Por otro lado, es necesario incluir las obras escritas por religiosos que, buscando poner al alcance de sus hermanos de orden elementos para hacer más eficaz su labor evangelizadora, se dieron a la

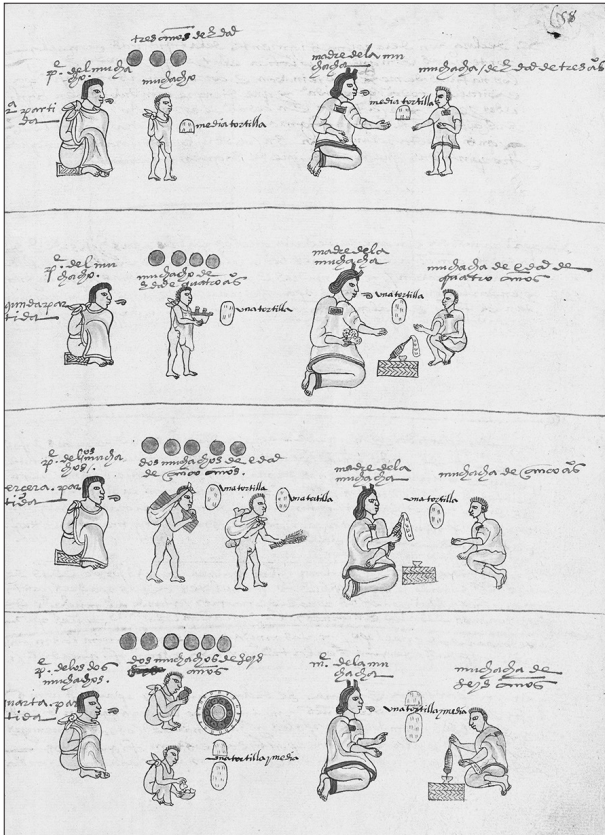


Figura 2. Códice Mendoza, f. 58r.

D. R. © Instituto Nacional de Antropología e Historia.



tarea de reunir y ordenar materiales sobre la antigua realidad indígena que se han convertido en fuentes de gran importancia (*Historia general de las cosas de Nueva España*, de fray Bernardino de Sahagún, o *Historia de las Indias de Nueva España e islas de la Tierra Firme*, de fray Diego Durán). También se cuentan obras salidas de las plumas de conquistadores que apreciaron en su esplendor la realidad que concluía con su presencia y que contienen testimonios invaluable para el conocimiento del México antiguo. Dos de los mejores ejemplos de este tipo de fuentes son la *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, obra de Bernal Díaz del Castillo, y las cinco *Cartas de relación* con las que Hernán Cortés informó al rey de los pormenores de las campañas conquistadoras.

En la época novohispana algunos sabios volvieron los ojos a la antigua realidad y se dieron a la tarea de investigar en los materiales arriba mencionados (el criollo Carlos de Sigüenza y Góngora, en el siglo XVII, y en el XVIII Francisco Javier Clavijero y Antonio León y Gama, entre otros) para componer con los materiales así obtenidos obras cuya riqueza aún sorprende. El siglo XIX trajo consigo la creación de nuevas obras alusivas al pasado indígena de estas regiones. En efecto, fruto de la búsqueda de elementos con los cuales construir un sentimiento nacional, aunado a corrientes intelectuales venidas de Europa, principalmente el positivismo, vieron la luz obras eruditas producidas por José Fernando Ramírez, Alfredo Chavero o Manuel Orozco y Berra, por citar sólo algunos. Estas obras, producto de acuciosas investigaciones y cuidadosas reflexiones, permitieron un avance sustantivo del conocimiento de los tiempos prehispánicos.



Figura 3. *Códice Borgia*, lám. 59.
D. R. © Biblioteca Apostólica Vaticana.

El siglo xx fue particularmente abundante en trabajos que tenían como objeto explicar la realidad anterior a la Conquista. En ese siglo coincidieron diversos acontecimientos vinculados con la construcción de nuevos discursos respecto del pasado. Fue la época del surgimiento de instituciones dedicadas a la formación de historiadores, lo que trajo de la mano la profesionalización de esta disciplina. Los trabajos que se produjeron son muy numerosos, y las aportaciones que contienen, basadas en

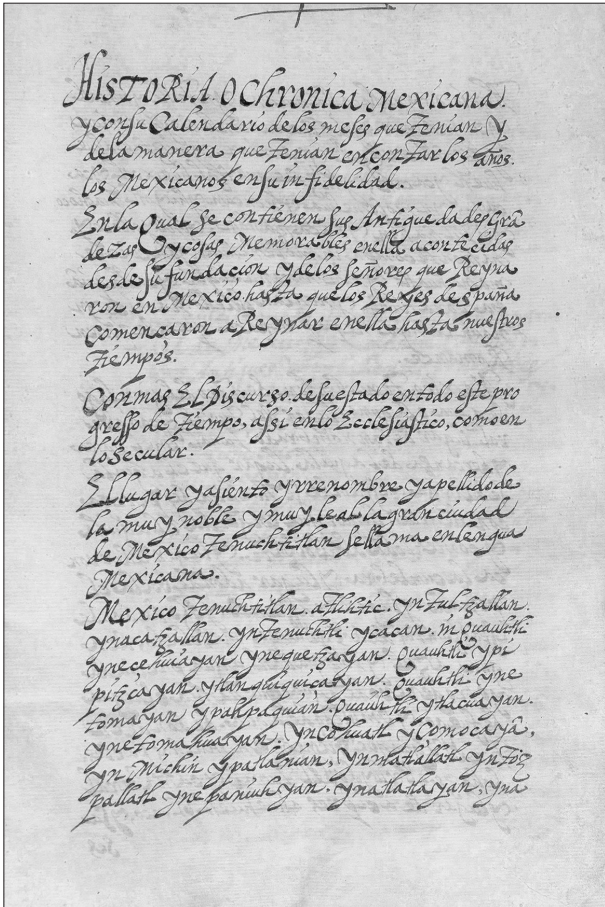


Figura 4. Códice Chimalpahin, vol. 3, f. 3r.
D. R. © Instituto Nacional de Antropología e Historia.



la investigación realizada en antiguos códices, en añejas crónicas y en obras hasta entonces escritas, son en verdad tan reveladoras como importantes. Destacan los nombres de mexicanos como Ángel María Garibay K., Miguel León-Portilla, Alfredo López Austin y Víctor Castillo, entre muchos otros. También de extranjeros como Edward Seler, Robert Barlow, Jacques Soustelle, Charles E. Dibble y Arthur Anderson. Las obras de todos ellos, mexicanos y extranjeros, constituyen elementos insoslayables en todo acercamiento a la antigua realidad de los nahuas.

La arqueología es disciplina que en mucho ha enriquecido al conocimiento del México antiguo, en general, y del área náhuatl, en particular. El devenir de dicha disciplina en estas tierras se inició en la época novohispana. En el siglo XVII, Carlos de Sigüenza y Góngora, curioso por saber qué guardaba en su interior la pirámide del sol en Teotihuacan, se dio a la tarea de hacer un túnel para descubrir los misterios del monumento. Sin embargo, fue en el siglo XVIII cuando, bajo los auspicios intelectuales del espíritu de las luces, comenzaron a realizarse acercamientos más sistemáticos y exactos a las zonas arqueológicas. De entre todos los autores, citaremos sólo algunos, acaso los más representativos: Antonio Alzate (*Descripción de las antigüedades de Xochicalco*), Antonio León y Gama (*Descripción histórica y cronológica de las dos piedras...*), así como el jesuita Pedro José Márquez (*Due antichi monumenti di Architettura Messicana*). Los tres escribieron sus trabajos con base en lo que observaban en los vestigios que les ofrecían distintos sitios. Sus obras son una buena muestra de acercamientos ilustrados a las antigüedades mexicanas.



El siglo XIX fue una época convulsa. Los años que siguieron a la independencia se caracterizaron por una exigua tranquilidad. En tal clima difícilmente podían realizarse trabajos arqueológicos. De esa época conocemos, sobre todo, obras escritas por viajeros que en su mayoría se refieren al área maya o a Oaxaca. Entre quienes aluden a las zonas arqueológicas del área náhuatl pueden citarse al inglés William Bullock y a la escocesa Frances Erskine Inglis, marquesa Calderón de la Barca. En 1864, año de la llegada de Maximiliano de Habsburgo, Napoleón III creó la Comisión Scientifique du Mexique, cuyos trabajos se aplicaron sobre todo a sitios arqueológicos del área maya y de la zona de Oaxaca. Debe mencionarse la creación, a iniciativa del emperador Maximiliano, del Museo Público de Historia Natural, Arqueología e Historia, en la antigua Casa de La Moneda, que debía reunir las más importantes piezas arqueológicas encontradas hasta entonces. Quedaron allí expuestas las colosales piezas llamadas *Piedra del sol* y *Coatlicue*, halladas a finales del siglo XVIII en la Plaza Mayor de la ciudad.

Posteriormente, la época del gobierno de Díaz y el periodo posterior a la Revolución fueron tiempos particularmente ricos en cuanto a aportaciones surgidas de los trabajos de excavación realizados por los arqueólogos. Tales labores fueron la base para numerosas publicaciones que mucho enriquecieron el conocimiento del área náhuatl. En 1885 se estableció la Dirección de Monumentos, de la que se encargó Leopoldo Batres; asimismo, se inició la publicación de los *Anales del Museo Nacional*, en los que aparecieron trabajos de índole arqueológica, algunos muy importantes para el conocimiento del área



náhuatl. Cuando concluía la revolución, Manuel Gamio emprendió excavaciones tanto en el emplazamiento del antiguo Templo Mayor de Mexico-Tenochtitlan como en otros sitios del valle de México, entre los que se cuenta Copilco. La posrevolución fue tiempo en el que la arqueología en México rindió frutos de gran valor. A ello ayudó la fundación, en 1939, del Instituto Nacional de Antropología e Historia, así como la de la Escuela Nacional de Antropología e Historia, cuyos egresados se especializaban en antropología, arqueología, etnología y lingüística. Fue la época en que arqueólogos como Alfonso Caso, Ignacio Bernal, Román Piña Chan, Jorge R. Acosta y el arquitecto Ignacio Marquina realizaron excavaciones importantes y escribieron obras que mucho sirvieron para comprender el pasado indígena de México.

Indudablemente, la etnología, ciencia que tradicionalmente se ha ocupado del estudio de las culturas sin escritura, ha producido importantes trabajos sobre comunidades indígenas contemporáneas. Es cierto que nuestro objeto de estudio es la realidad prehispánica del área náhuatl, y que de entrada se podría pensar que está fuera de lugar acercarse a estudios sobre la realidad de comunidades indígenas contemporáneas. Sin embargo, debe reconocerse que, si bien la Conquista española significó un cambio rotundo en la realidad de los mesoamericanos, es también muy cierto que la presencia de los españoles en el siglo XVI trajo como consecuencia tanto rupturas como continuidades. Son precisamente estas últimas las que han permitido la sobrevivencia de rasgos culturales (mitos, creencias, etcétera) cuyo conocimiento puede ofrecer valiosos elementos para esclarecer



ciertos fenómenos culturales que de otra manera quedarían cubiertos con un velo de penumbra que los volvería incomprensibles. Los autores y las obras que produjeron son muy numerosos. Los hay extranjeros y mexicanos. Aquí se citarán solamente algunos, acaso los más representativos: Carlos Basauri, quien publicó en 1940 el trabajo *Población indígena de México*; Robert Weitlaner, austriaco que, al igual que Jacques Soustelle, estudió a los grupos otomíes; Gonzalo Aguirre Beltrán, cuyos trabajos fueron pioneros en lo que respecta a la población negra en México y que se ocupó también de los pueblos indígenas en la cuenca de Tepalcatepec; Arturo Warman y Guillermo Bonfil, cuyas aportaciones sobre el indigenismo en México constituyen obligados puntos de referencia.

Este panorama somero de la gran diversidad de fuentes que tenemos a nuestro alcance para el estudio del México antiguo, en particular del área náhuatl, permite apreciar la inmensa riqueza de elementos disponibles para conocer aquella realidad pasada. Asimismo, nos coloca ante necesidades que es imposible soslayar. Aquí aludiremos sólo a dos de ellas, posiblemente las más importantes. La primera consiste en no perder nunca de vista la época de la que proviene el testimonio de que se hace uso, para así poder valorar sus características y sus aportaciones, siempre de acuerdo con las circunstancias de su creación. Esta consideración requiere llevar a cabo una acertada crítica de cada una de las fuentes usadas. En segundo lugar, debe quedar claro que la elaboración de un discurso explicativo respecto de los temas que tratamos, a partir de tan



numerosas fuentes, sólo se logra a través del establecimiento de una relación dialógica entre ellas, buscando que unas y otras se complementen.

La realidad humana es en extremo compleja. Cualquier acercamiento que se emprenda buscando comprenderla debe tener como base un orden que en la realidad no existe, pues en ella todo se presenta interrelacionado, a grado tal que crea confusión en el estudio y hace que la explicación que se pretende resulte también confusa, si no imposible. El lector encontrará en este texto sobre la cultura náhuatl un orden al que se puede calificar de ficticio. En primer lugar, se han creado dos grandes partes. En la primera el análisis será diacrónico. Se trata de un acercamiento al devenir del área siguiendo un orden cronológico, desde Tula, centro en el que, como quedó dicho, es seguro que se hablaba el náhuatl, hasta la historia tenochca, misma que conocemos gracias a las numerosas fuentes que han llegado hasta nosotros, para concluir con la Conquista española. La segunda parte se ordena según un análisis sincrónico en el cual se analizarán las instituciones que existieron en el área náhuatl. La primera será la economía y, a partir de ella, se estudiará la organización social, la religión, la educación y los distintos productos del intelecto como la literatura y las manifestaciones de las artes plásticas y literarias. Por la índole de la serie editorial de la que forma parte, este trabajo no incluye notas. En cambio, ofrece una bibliografía que es sólo una invitación a profundizar en el conocimiento de la cultura náhuatl y las inmensas riquezas que ofrece.

